

Letra del Año

Jorge Peré

incubadora ediciones

Estas fueron las predicciones oraculares, los designios que Ifá profetiza para el arte cubano en este 2018. Una suerte de heptálogo a tomar en cuenta, para evitar ciertos perjuicios innecesarios.

*Eri boya, awo Ose Tura...*¹

A Rey muerto, Rey puesto (Odu Baba Ejiogbe; Ogbe Bara)

Una gran corona, condenada a rodar. La lujuria que acompaña el ansia de grandeza. Ifá de estricta organización.

Siempre habrá a quien idolatrar. Las efigies y fetiches varían según las épocas. En la memoria se acumulan los recuerdos de aquello que seguimos hasta desaparecer, del credo que profesamos alguna vez. No aferrarse a nada, es la actitud. Todo está condenado a perecer. Lo único eterno es la duda. Si un Rey cae, es porque otro debe ascender. La vida tiene eso: nada ni nadie es imprescindible. En consecuencia, la inmortalidad es una quimera. Ifá lo explica desde otro proverbio: “No desesperes pradera, todo caballo es efímero”.

A veces, perdiendo se gana (Odu Baba Oshe Meji)

Ifá de vida prolongada sobre la tierra.

La pérdida generó reacciones de todo tipo: escándalo, blasfemia, estrés, conspiraciones, delirio, entusiasmo, expectativas, dolor, mucho dolor... La sangre no llegó al río, sin embargo. Rápidamente, había ya una buena idea, un intento de suplir la carencia momentánea. Tras un par de concilios surgió la disposición de tomar al toro por los

¹ Expresión yoruba cuya utilización indica, en las ceremonias rituales, que alguien está pidiendo la palabra y, por consiguiente, el poder de invocación a través de los encantamientos.

cuernos, puesto que, si la montaña no viene a Mahoma... Y así comenzó la odisea mediática.

Bienal de La Habana que se pierde, retorna por manos no oficiales.

La angustia colectiva, el agravio inconsciente, podría redimirse a través de una acción demasiado noble, para ser advertida sin sospecha por el censor. ¿Acaso es ilegal el compromiso despolitizado? ¿Qué cosa viene haciendo falta, para que los artistas cubanos respiren con tranquilidad, su reducida cuota de autonomía?

Ifá nos señala: “La verdad dice: Solo es verdad mejorar la verdad o morir”. (Odu Ogbe Roso)

Dos carneros no pueden beber agua del mismo estanque (Odu Ogbe Ka)

Se hizo adivinación para el cazador.

Arte y Estado deberían intentar tolerarse, mutuamente.

Uno, cuando asume esa forma ideal, distante de la falacia oportuna y el mero regodeo esteticista, tiende a invadir y desestabilizar al otro. “El arte –sostiene Gilles Deleuze– no es otra cosa que un acto de resistencia”. El Estado, por su parte, en su hábito de control reprime las formas autónomas que cobra el discurso artístico. Le construye un espacio de ficticia democracia, y desde ahí corrige todo el tiempo sus ademanes. El fin deseado: un arte estéril, tautológico.

Cuando Arte y Estado van de la mano, se produce un desajuste evidente: la realidad se torna fingida, superflua en su aspecto signifiante. Véase si no la catástrofe del “Realismo Socialista”. El Estado coacciona, somete al Arte si este se ofrece manso. Cuando ambas manos se estrechan, la aspereza ideológica constriñe a la expresión desinhibida.

El Arte no tiene ética, ni moral, ni partidos... Es la anarquía sublimada; un enigma que excede todos los intentos de acoso.

El Estado es todo lo contrario. Su antípoda universal.

La mayor distinción entre Arte y Estado: el primero siempre será “la cosa tolerada”; el segundo, en cambio, será quien decida siempre los límites de la tolerancia.

Luego, Ifá sostiene: “Una flecha no mata un pensamiento”. (Odu Ogbe Tua)

Ganancia ordinaria hace hoyos en los bolsillos (Odu Irete Iwori-Yero)

Esta profecía va, sobre todo, para las nuevas generaciones de artistas cubanos, esos que emergieron cuando el sistema ya estaba creado, y la *venduta* era el pan nuestro de cada día.

Ciertamente, después de *Kuba OK* (1990) y el fenómeno Peter Ludwig, todo fue mucho más fácil. De súbito, producir arte en Cuba se volvió rentable. Ya se podía vivir dignamente de un oficio que, años atrás, solía entenderse de manera romántica, con cierta dosis de altruismo e ingenuidad. La generación noventiana, marcada por la carestía y el trauma ideológico insular, hasta cierto punto se benefició de esta nueva ventaja, que convertía a la isla en un tenderete de artesanos con algo de talento. “La Generación Perdida” se travistió, muy rápidamente, en “Generación Jineta”. (Osvaldo Sánchez)

Para la hornada que despegó con el nuevo milenio, el ingreso monetario deviene una preocupación, una prioridad inaplazable. Esos chicos aprendieron muy rápidamente lo que había que saber para lograr un equilibrio entre éxito comercial y rigor discursivo. Cada uno emigró cuando pudo, o fichó por alguna galería de mediano estándar, para darse a conocer más seriamente en el ruedo internacional. La verdad es que solo unos pocos se mantienen hasta hoy, al interior de esa burbuja.

Es un hecho que si barato te liquidas, barato serás valorado.

Aunque no por ello, se debe abusar de la inflación y el albedrío predominante en nuestro contexto. Es absurdo que un joven, recién graduado del ISA, en su primera muestra personal, intenté sublimar los precios de sus obras hasta una cantidad exorbitante. La tasación artística, algo que en la isla se ignora con una facilidad pasmosa, parte de hechos concretos, de precedentes sustentables: colecciones, subastas, pedigrí internacional... No podemos evadir esta realidad, mal que nos pese. El arte cubano contemporáneo ha sobrevivido, durante todos estos años, de las prebendas que algunos coleccionistas y aficionados con capital, han decidido invertir en él. Los productores que mejor suerte han tenido, todavía no alcanzan lo que se considera la primera línea mercantil a escala global y, sin embargo, esto no los deja fuera de sus efluvios.

Ser más conservador, y menos arrojado en materia de ventas, podría garantizar a los jóvenes un mayor rigor creativo y, por consiguiente, una obra mucho más sólida. El mercado, tomado a la ligera, tan solo es capaz de generar manierismo.

No es que debamos vivir al margen de todo: en una cueva, produciendo artefactos imposibles de comercializar. Sino evitar vivir en candonga.

Para todo hay tiempo en esta vida. Ifá así lo refleja: “La paciencia terminará coronando al rey” (Odu Ogbe Ogunda-Yono)

Candil de la calle y oscuridad de la casa (Odu Irete Ogunda-Kutan; Ogbe Unle)

Se hizo adivinación para la Madre Tierra (*Inle oguere*): “La tierra todo lo da y también todo lo quita”.

Hay que pensarlo bien antes de partir. Pensar, sobre todo, los términos de la partida. Para nosotros se hace difícil puesto que con el viaje, intentamos evadir el trauma carcelario que nos provoca esta (¿bendita?) insularidad. Pero es un hecho que el viaje no puede ser tomado a la ligera. Sobre todo, cuando el retorno no queda descartado.

Cierto es que no se puede mentir afuera. Y no menos cierto es que por más que mintamos dentro, en la islita ignorante y desconectada, la mentira tiene patas bastante cortas

Por ejemplo: Salir de aquí siendo apenas un artista de dos estrellas, en tímido ascenso, y fingir allá que eres de cuatro, miembro de una vanguardia alucinada. O, de otra manera: Rodearte allá de un ambiente muy *amateur*, descartado por los grandes eventos y las galerías serias; venderte ridículamente por una página web de pésimo gusto, contrastante en sus ofertas, y regresar aquí disimulando el fracaso, hablando con eufemismos y ambigüedades.

Al que se fue siendo nada, difícilmente le fue bien. Un síntoma del fracaso, se observa en aquellos que vienen a morir a la tierra de origen, teniendo tan solo un par de anécdotas más que cuando se fueron.

Sin embargo, este no es el único camino para entender este proverbio.

“Candil de la calle” es aquel que peregrina y alcanza la gloria por derecho propio, con merecimiento indiscutido. Su transformación en “oscuridad” tiene que ver con lo que

trae consigo en su regreso a Ítaca. Si no está dispuesto a entornar sus luces sobre la tierra que lo vio partir, entonces no puede esperar menos que la indiferencia. Si tan solo se guarda unas escasas migajas para repartir de este lado, entonces no puede exigir compasión a sus paisanos. Si el contexto originario es definido como un punto en donde quedas bien con cualquier cosa, entonces tu trabajo se devalúa simbólicamente.

Hay que ser consecuente en todo momento. Una vez se alcanza un estatus internacional, no se puede bajar la guardia, ceder a la comodidad del terruño.

Ifá dice: “La tierra pudre pero no muere”. (Odu Ogbe Tua)

No conviene en absoluto ser el rey tuerto de un país de ciegos.

Amigo íntimo, enemigo íntimo (Odu Ogunda Irete-Kete)

Se lanzó Ifá para las leyes morales y los escrúpulos que deben regir a los hombres.

Hay que tomarse más en serio la palabra amistad. Cuando decimos esto, claramente aludimos a la crisis sentimental que sobreviene al sujeto contemporáneo, envuelto en la frialdad retórica de los medios. Dos personas que, sencillamente, se conocen por mediación virtual, ubicadas en extremos geográficos absolutamente opuestos, digamos, en La Habana y Estambul, participando de situaciones y eventos completamente distintos, insertas en contextos sociales y políticos divergentes, movidas por tradiciones culturales nada similares, hoy, acaso pueden decirse “amigas” por medio de un *software* que oficia de superplataforma, de escenario público, dueño de una democracia sin precedentes, en el que todos alcanzan a sentirse representados.

Facebook (FB), no escatima al hacernos entrar en un contexto de ficticia familiaridad: “¿Qué estás pensando?”, nos pregunta. “Personas que quizás conozcas”, nos sugiere. “Fulano de tal, ha comentado...en la que apareces, o en la que has sido etiquetado”, te chismorrea. “Fulana te ha enviado una solicitud de amistad”, te advierte. Está al tanto de todo cuanto ocurre contigo. Y eso lo sienten los miles de millones de usuarios que están suscritos a su servicio, que se desplazan como zombis en su laberíntica hiperrealidad.

Gracias a FB, toda una generación de artistas cubanos ha podido soñar en grande. Basta con introducir el nombre de alguna *celebrity* intelectual para que esta aparezca –si está suscrita– y poder enviarle, con algo de timidez y rubor (¿Se entera de esto esa otra persona?), una solicitud de amistad. Conozco personas que son mis amigos virtuales

desde hace años, pese a que no he cruzado con ellos ni media palabra cuando los he tenido a pocos pasos. Resulta un deporte obsceno el hecho de cazar oportunidades y entablar flirteos amistosos por FB.

Ahora que todos nos conocemos, que todos podemos creernos amigos y tratarnos como tal, que todos han tenido algún roce –al menos, en esa dimensión irreal–, alguna conversación –por más efímera que esta sea– invadida de emoticonos y neologismos verbales, entonces supongo que ya no exista un escandaloso saldo de alienados, que el odio sea cosa relativa, una infección bajo antibióticos.

¿Cómo se puede sopesar el verdadero estado de una amistad en FB? ¿Qué parámetros definen a un/a mejor amigo/a? ¿La cantidad de fotos, juntos? ¿Acaso el número de *selfies*? ¿Los *likes*? ¿Los comentarios? ¿Las veces que comparte tus publicaciones?

El caso es que el arte cubano actual se ha tejido, en muchas ocasiones, desde FB. Ahí se han tramado muchas ideas recientes, varios proyectos ya concretados. Incluso, ha funcionado de galería virtual, donde circulan una gran cantidad de argumentos visuales en busca de *likes* alentadores.

En FB, también se han desatado grandes polémicas gremiales. Varios amigos íntimos, han concurrido el solariego espacio de esta red social, para desbarrar sobre cualquier cosa y tener la cuota de desahogo necesaria que les permite seguir vivos en esta isla. Muchas interioridades –toda clase de paños menores– se han revelado, dejando ver la humanidad de disímiles actores, más allá de sus poses habituales. Al parecer, el conflicto desplazado a los canales mediáticos, no lacera tanto el ego de quienes lo practican.

Como quiera, FB parece ser “el compañero que nos atiende a todos”. El tipo que ocultamente nos vigila bajo una identidad democrática. Nuestro más íntimo amigo y, por ende, también lo contrario.

Mejor ser, que no aparentar (Odu Obbara Kasika)

Se lanzó Ifá para mantener el poder y la influencia sobre los demás.

Vivir de la pose es algo ya inherente al oficio. Es el *way of life* que te vende (o te impone) el gremio. O eres un conceptualista discreto, o un pintor *light* súper refinado, o un rebelde sin causa. No importa qué seas; el asunto es ser algo; acogerte a un perfil, a un

estándar que te vuelve legible. Desde ahí se funda el complot. Desde cómo luces, hasta qué haces.

Pensemos, por un segundo, qué pasaría ante una quiebra de esos paradigmas. Si de pronto, aquel artista que teníamos por *coherente*, traviste su estilo, esa actitud “coherente” que lo distinguía.

¿Qué pensaríamos si, súbitamente, Wilfredo Prieto se convirtiera en un *dandy* nocturno, en el modelo de las fotos de Feal, en el mito de la azotea Roma? ¿Qué sucedería si Hamlet Lavastida, dejara de ser el oscuro y delirante Hamlet, para encajar en el perfil de, por ejemplo, Yornel Martínez? ¿Qué si Elvia Rosa Castro se viera como Luisa Campuzano, y comenzara a editar antologías de literatura clásica en detrimento de su descarga posgenérica en FB?

O sea, lo que pongo es que la obra siempre comienza y acaba en lo somático, en esa apariencia engañosa, y a la vez real, que exportamos.

El punto no es qué somos, sino qué aparentamos ser. Pensar que algo es fingido es equivalente a negarnos.

El contexto, por mucho que pose de clásico será siempre Dadá.

Aunque la política describa una apertura, en el fondo nos seguimos encerrando.

Suponer que somos cosmopolitas, y al cabo ser más provincianos.

Sentir cómo se apagan las luces, detrás de nosotros, y recordar cómo se amanece en el trópico... (Pero esto ya lo escribí. ¿O fue Cain?)

Iboru, Iboya, Ibosheshe. Ase to iban eshu